

LIBROS

Una biografía de Joaquín Costa

El libro de George J. G. Cheyne (1), profesor en la Universidad inglesa de Newcastle upon Tyne, viene a plantear la cuestión del significado y los límites de la investigación biográfica. Entregado durante varios años a la rebusca de datos con los que esclarecer hasta los menores detalles de la vida del escritor aragonés, Cheyne ha conseguido, con Joaquín Costa, el gran desconocido, devolvernos su figura con trazos sumamente precisos y, al mismo tiempo, presentar el arquetipo de la difícil vida de un intelectual en las décadas finales del siglo XIX. La constante penuria económica, la frustración en la carrera universitaria y la suma de arbitrariedades que una y otra vez impiden a Costa ver reconocido su valor intelectual, configuran el cuadro vital desde el que redacta sus páginas el autor de *Olgarqua* y *caelquismo*. La atribución del premio del talento, instituido por el progresista Fermín Caballero en la Real Academia de la Historia, a una monografía sobre Cuéllar de don Gonzalo de la Torre de Trasierra, frente al *Colectivismo agrario*, ilustra de modo suficiente acerca de los criterios de valoración vigentes en la España canovista. La enfermedad (una atrofia muscular, que acabaría por incapacitarle completamente) y unas relaciones sentimentales, asimismo insatisfactorias, completan el cuadro de frustración personal y sientan la base de una posible explicación psicológica de la violencia retórica de su escritura.

La conclusión de Cheyne parece apuntar en esta dirección: «A mi modo de ver —escribe—, Costa fue un hombre de la clase humilde, solitario, que nunca pudo aceptar el ambiente en el que se practicaba el juego político ni encontrarse a sus anchas en aquella sociedad; un hombre

abrumado por una inteligencia desproporcionadamente poderosa con el lado emotivo de su carácter; vio la hipocresía a su alrededor con prístina claridad, pero no tuvo el tacto o la mano izquierda necesarios para vencerla». Costa sería, en consecuencia, para Cheyne, «el gran frustrado, ante todo porque no siempre fracasó, y en segundo lugar, porque así se pone en mientras las especiales dificultades que atendieron su vida y estorbaron su obra».

Se concreta así una evidente desviación interpretativa, que, de introducir los elementos biográficos y psicológicos en la comprensión de una actuación individual, conduce a adoptar una perspectiva psicologista. Este peligro, evi-

nal, compuesto de una élite intelectual que gulara a los hombres de buena voluntad (sic) de España, fue un duro golpe para Costa». Las asambleas de las Cámaras de Comercio, la Liga Nacional de Productores y la Unión Nacional responderían a la acción de una minoría situada por encima de toda consideración clasista, religiosa y política, cuyo pensador orgánico sería lógicamente Costa. «El hecho incontrovertible —resume Cheyne— es que en aquel entonces existía un núcleo de españoles, clarividentes y sinceros, que, por encima de los intereses de clase, de partidos e incluso de religión, anhelaba una unión nacional». El problema del movimiento regeneracionista

quiere, pero nada contradictorio. El curso de su vida pudo llevarle a abandonar viejas posiciones ideológicas y a clarificar otras. Pero esta evolución siguió una trayectoria rectilínea, sin equívoco posible, que cristalizaría en unas actitudes y en un pensamiento claramente definidos». Lo curioso —y esto, insistimos, no va en demérito de la biografía de Cheyne— es que éste nunca se propone un análisis en profundidad de la ideología o la práctica política de Costa. Cuantitativamente, es significativo que a la Unión Nacional se destinen diez páginas y unas pocas líneas al desarrollo de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, mientras que el curioso pleito de La Solana reciba siete páginas de texto y cincuenta y nueve de apéndice, y un capítulo entero se entregue a concretar las circunstancias del nacimiento de su hija Pilar Antigone. El prólogo de Fontana, al margen del desbordamiento apuntado, incide en la interpretación psicologista del Costa, bueno, luchador y honrado, contra un ambiente político descrito en términos de total negatividad. «Costa era hombre de otro linaje», para el cual «las palabras no eran ni cortinas de humo ni reclamos para cazar una clientela política de incautos (sic), sino normas de conducta que se siguen hasta sus últimas consecuencias»; frente a él, de un lado, «esos tribunos de escayola que gobernaron al país en una de sus épocas más mezquinas y corrompidas», y de otro, «los escritores que enronquecieron bramando el dolor que les producían los males de España, pero que, a la hora de la verdad, decidieron que el país no merecía sus sacrificios y pasaron del revolucionarismo verbal al conservadurismo más apacible». Enfrentamiento tópico que nada contribuye a esclarecer el conflicto social e ideológico de la España del 98.

En todo caso, Joaquín Costa, el gran desconocido queda como ejemplar investigación biográfica y como fundamento de futuros trabajos. Para terminar, un reparo marginal: dada la extensión de los apéndices, hubiera sido útil que uno de ellos consistiera en la bibliografía completa

de escritos de Costa, que, al parecer, tiene elaborada Cheyne. Y un elogio a la reproducción, en el apéndice primero, de los artículos de Joaquín Costa sobre la Institución Libre de Enseñanza, aparecidos en su día en el *Diario de Huesca* ■ ANTONIO ELORZA.

(1) G. J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*. Prólogo de J. Fontana. Ediciones Ariel, 1972.

Walter Benjamin, benjaminado

Muchas veces me he preguntando el porqué de mi gozo cada vez que llamo al padre Jesús Aguirre, «el cura Aguirre». Tal vez sea por la intuición, más que ley, estética del contraste. Con la denominación «cura Aguirre», uno compromete la encarnadura física de un clérigo montaraz, a semejanza de los curas brutos y aguerridos que Baroja sublimaba en el temible Merino. En cambio, el amigo Jesús Aguirre es uno de los sacerdotes más presentables que uno conoce. Hombre intelectual y personalmente elegante, Aguirre es lo que en boxeo se llama un «duro fajador». Tras la distancia dióptica y los temples suaves e ignacianos, Aguirre es implacable en la búsqueda del camino más largo para el golpe más eficaz, es decir: la línea invisible.

Que la línea invisible es la distancia más corta para el puñetazo cultural es una evidencia ignaciana, asimilada ya por la Historia de la Cultura. Aguirre ha dado el golpe benjaminista en el plexosolar de la conciencia crítica española. Benjamin ya se había paseado por nuestro país en 1962, cuando la editorial Ariel dió a luz la obra de Adorno, *Prismas*. En ella aparecía una previa noticia de Walter Benjamin, lo que Adorno llamaba «Caracterización de Walter Benjamin». Una brevísima caracterización, que pasó sin pena ni gloria, atraído más el lector convencional de entonces por otros temas del apetitoso Adorno: especialmente, su trabajo sobre la crítica de la cultura y la sociedad, la renovada óptica sobre Kafka y los estudios sobre música, incluida su aristocratizante visión del «jazz».



JOAQUIN COSTAS.

dente en tantas investigaciones históricas de carácter biográfico, lo es asimismo en el trabajo de Cheyne. El rigor con que reiteradamente se abordan las reacciones de Costa (frente a su medio social no se ve acompañado de una precisión similar al tratar el segundo; de esta manera, el fracaso del intento de constituir un partido regeneracionista, la Unión Nacional, es visto —a pesar del valor de la documentación manejada—, como una nueva frustración personal. «El fracaso de la Unión Nacional o, mejor dicho, el hecho de no haber podido formar un partido nacio-

queda así, en cuanto a su base social, perfectamente elidido.

Nuestra disconformidad de enfoque se extiende, consecuentemente, al prólogo de Josep Fontana. Estamos de acuerdo con él en que el balance de la obra de Cheyne, en tanto que investigación biográfica, es del todo positivo; la suya es «la única biografía válida de Joaquín Costa que hasta hoy se ha escrito». Pero el juicio de Fontana desborda insospechadamente este elogio: «El titán nebuloso (sic) se transforma en estas páginas en un ser humano de perfiles precisos. Atormentado y complejo, si se

Es curioso que una relectura de aquellas escasas páginas sirva todavía hoy como excelente introducción benjaminiana. Desde entonces, Benjamin ha conquistado los mejores carteles de las corridas de la tauromaquia experimental europea, hizo una reaparición en habla castellana de la mano de EDHASA (cuando la mano de EDHASA era la de Rosa Regás), y Taurus ha iniciado la publicación constante de cuantas obras de Benjamin estén a su alcance. Pero el responsable último del programa «Benjamin» es el cura Aguirre. Es él quien va a convertir al fugitivo suicidado en Port-Bou en materia de polémica ibérica. Es él quien nos va a obligar al «pronunciamento» ante el filósofo menos filosófico del siglo, el poeta menos poemático, el marxista menos aparente, menos pendiente de la religiosidad de la cita de los clásicos, garantía de un tranquilo pasar por el valle de lágrimas hacia el mausoleo cultural de la Enciclopedia Soviética. El cura Aguirre nos ha dejado solos ante esta patética serpiente intelectual, disfrazada de ángel purísimo, ese ángel benjaminiano, encarnación del espíritu de la Historia, que avanza de espaldas hacia el futuro, con los ojos áridos y emocionados, pendientes del pasado lejano, difuso paisaje de palabras, acciones arruinadas.

El «plan Benjamin» ha tenido en Barcelona un nuevo acto de afirmación patriótica. La Asociación de Mujeres Universitarias, sección del movimiento internacional Mujeres Adjetivadas, prestó permiso, audiencia y local para que Aguirre hiciera un curioso experimento de conferencia. Aguirre comprendió inmediatamente que no había peor medio para el mensaje de Benjamin que la conferencia, e intentó benjaminear el medio, proporcionando un Benjamin en porciones, un auténtico rompecabezas en el que sus propias claves personales (las de Aguirre) en relación con Benjamin, Adorno y la escuela de Frankfurt en general, tuvieron un importante papel posicional. Junto a las claves personales de Aguirre, las del propio Benjamin, todas las negaciones necesarias para saber qué no fue Walter

Benjamin, y, finalmente, un intento de aprehenderle mediante un «collage» de referencias poéticas y sentenciosas, que, según Aguirre, Benjamin habría acogido favorablemente. La formal informalidad de la conferencia (urge un nombre de repuesto) fue la mejor manera de advertir sobre los riesgos de una lectura codificada del pensador alemán.

El principal hallazgo de Benjamin fue la desacralización de una determinada sistemática del pensamiento y consiguió este principio mediante una previa desacralización del filósofo y el sistema, y, aun antes, mediante una antiquísima desacralización de sí mismo. Aguirre se vio a sí mismo, al hecho cultural en el que participaba, al público, bajo esta óptica, y dio una benjaminiana noticia de su protegido. Se quejó de que las primeras reacciones ibéricas hacia la obra de Benjamin fueran a aplicarle la regla que mide los metros de escolástica y el contador Geyger, que registra los vapores de la putrefacción relativista. Mal podía sentarle a un ensayista en perpetuo movimiento, como Benjamin, la camisa de fuerza y el análisis de pureza de sangre.

El golpe ya está dado. Walter Benjamin crece en castellano desde editorial Taurus, y sobre la invocación del cura Aguirre. Ya tenemos otro «pensador» que tiramos por la cabeza con previsible sorpresa: la más que probable evaporación mágica del único pensador marxista surrealista. ¿Qué lector ibérico reprimirá el impulso de darle un empujón a ese ángel que camina de espaldas? ¿Quién entre nosotros reprimirá el impulso de embalsamarle en el escabeche que ya cubre a un Lukacs irreconocible, instrumentalizado, devaluado? ■ M. V. M.

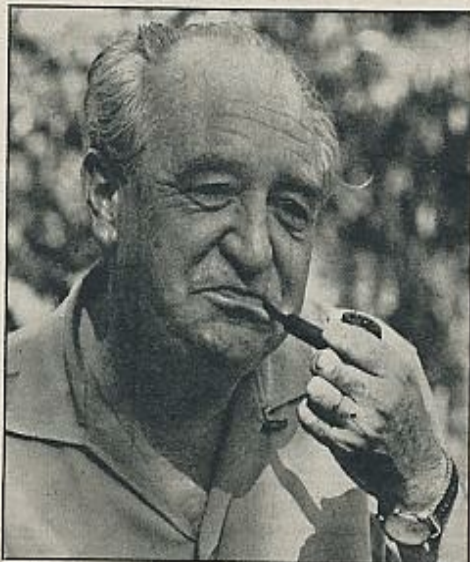
Gabriel Celaya, ¿inquisidor?

No es un oficio, el de inquisidor de la poesía, que le sienta bien a este vasco de frente amplia y ojos claros —cansados acaso de estar siempre muy abiertos— para quien «nadie es nadie si es hombre». Más hereje relapso

que familiar del Santo Oficio, más eterno sambenito que ejecutor de bestiales chamusquinas, más «dios posible» y «héroe por hombre» que ingeniero constructor de «poemas que funcionan como guillotinas de dos y dos son cinco», Gabriel Celaya —o Juan de Leceta, o Rafael Múgica, o como quieran ustedes que se llame— sólo podría ser inquisidor de sí mismo. Y tal vez ni siquiera eso, porque inquisición equivale a dogmatismo, a anquilosis del pensamiento, a ideología petrificada por los siglos de los siglos, y Gabriel Celaya, convencido de que cualquier situación histórica (y sobre todo la que, por suerte o por desgracia, nos ha tocado vivir) es forzosamente provisional, no ha renunciado todavía a «seguir combatiendo y cambiando».

Y por eso en su «Inquisición de la poesía» (1) no en-

juego real a vida o muerte. Confiesa Gabriel Celaya que ha pretendido llevar a la hoguera de su «Inquisición» a «los mitos de la metapoesía, la inspiración, la originalidad, el hermetismo, la inmortalidad literaria, el lirismo idealizador...»; y ello no deja de ser paradójico si se tiene en cuenta que fueron precisamente los patriarcas y defensores de tales mitos quienes intentaron en más de una ocasión llevarle a él —por prosaico, por doctrinal, por infrapoético, decían— al horno calcinante del silencio. En este sentido, «Inquisición de la poesía» no es, como pudiera creerse, una inversión de términos procesales —el hereje convertido en inquisidor y viceversa—, sino simplemente el testimonio de una supervivencia. Porque, quiera se o no, los comisarios del Santo Oficio siguen siendo los mismos.



GABRIEL CELAYA.

contramos jamás esos toscos y cerriles fanatismos propios de todo carbonizador de descarrillados que se precie de serlo, sino, por el contrario y de forma constante, las lúcidas y sin embargo apasionadas confesiones del poeta que, a fuerza de haber sufrido en su carnes las torturas de verdugos tan exquisitos como crueles, ha llegado a saber que la poesía «es un

Gabriel Celaya no podía ni debía hacer otra cosa que revelar las «razones» —el esqueleto ideológico— de su propia poesía; y eso es exactamente lo que ha hecho. «La poesía, como el movimiento, se demuestra andando, es decir, produciendo», declara en el primer capítulo del libro, «Inquisición de la poesía» no es, por tanto, la obra aséptica de un teorizante, sino todo lo contrario: el resumen de muchos años de camino,

la lógica conclusión de un proceso inductivo e irreversible. Durante más de siete lustros Gabriel Celaya ha realizado su trabajo de poeta «sin pretensiones ni desilusiones y con esa tranquilidad que le produce a uno el saber que hizo cuanto estaba a su alcance, y que si no logró más, fue porque no estaba dotado para ello, cosa que, naturalmente, uno es el primero en lamentar pero que tampoco es para hacerse mala sangre como suelen hacérsela los incomprensidos y los que se creen llamados por los dioses o por un especial destino a ser genios y a transmitirnos sobrehumanos mensajes, nunca suficientemente pagados y agradecidos». Merecía la pena transcribir las palabras de Gabriel Celaya: nos dan la clave a partir de la cual comienza la desmitificación de la poesía. Cuando el poeta no es un semidios por derecho propio e inalienable, sino un obrero especializado, la poesía deja de pertenecer necesariamente al ámbito del irracionalismo creador y se muestra como lenguaje a la medida del hombre; lenguaje que, pese a sus intrínsecas peculiaridades —valor significativo del elemento sonoro, eficacia transmisora de las palabras inadvertidas, mutabilidad espacio-temporal del contenido poético...— no pasa de ser un simple vehículo de comunicación humana.

Estoy seguro de que más de un versificador ungido por el carisma de las musas juzgará que Gabriel Celaya, haciendo honor a su nueva condición inquisitorial, en vez de desmitificar, se ha dedicado a degradar a la poesía. Para estos entes osiánicos, los mitos atacados por Celaya constituyen la razón de ser y el fundamento del arte poética; renunciar a un soplo inspirador, a una brizna de hermetismo y a una esperanza de inmortalidad es, según ellos, renunciar de pleno al hecho poético en sí. Y es que sólo una poesía hecha a la medida del hombre —«Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra», escribía Gabriel Celaya hace veinte años— es capaz de resistir sin degradarse cualquier tentativa sincera de desmitificación. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) Gabriel Celaya, *Inquisición de la poesía*. Ed Taurus. Madrid, 1971.